

LA BRÚJULA DE LOS RECUERDOS

Aileen Gray

En la azotea de un edificio de la abarrotada capital, Tadzio regaba su jardín cuando su nieto lo llamó desde el balcón de enfrente. El anciano le contestó con un simple gesto de su mano, sin duda, animando al niño a visitarlo. Enseguida, el timbre sonó.

Tadzio abrió la puerta estrecha de su diminuta casa.

—¡Vaya! Cada día eres más rápido —exclamó el abuelo.

—Es que cada día crezco más y mis piernas son más largas.

Tadzio rio.

—Ya lo veo. Y de seguro tienes hambre. Crecer te abre el apetito. A mí a tu edad siempre me rugía la barriga.

—Pues ahora que lo dices...

Juntos cocinaron, y juntos se sentaron alrededor de la endeble mesita redonda y disfrutaron del ambiente fresco del jardín en la azotea. Desde allí, el humo y el ajetreo de la ciudad parecía distorsionarse.

Mientras el pequeño intentaba enrollar sus espaguetis a la boloñesa en un tenedor demasiado grande para él, reparó en el extraño objeto que su abuelo tenía sobre el mantel.

—Abuelito, ¿qué es eso?

—Ah, ¿esto? —preguntó tomando el objeto entre sus encallecidas manos—. Es mi brújula. Siempre la llevo conmigo.

—¿Una brújula?

—Eso he dicho.

—Y, ¿para qué funciona?

La inocente curiosidad de su nieto hizo sonreír a Tadzio.

—Marca la dirección, para que nunca puedas perderte.

—¡Vaya! —exclamó abriendo los ojos realmente sorprendido.

Tadzio limpió los restos de tomate de las comisuras de la boca del pequeño.

—Pero esta no es una brújula común. Esta es especial, mágica.

—¿Mágica?

Este apenas pudo apartar su mirada brillante de la aguja del peculiar objeto.

—Eso he dicho —repitió, divertido—. Es mi brújula de los recuerdos. En ella guardo mi pasado, mis vivencias y experiencias. Ella atesora cada momento que no quiero olvidar. Ella me los recuerda.

—¡Qué cosa tan rara!; Enséñame más! —pidió exultante el niño.

Tadzio no se sintió capaz de negarle ese pequeño capricho a alguien tan querido.

—De acuerdo, verás, a trece grados al este se encuentra Menfis.

—¿Es una ciudad?

—No, bueno, sí. Pero en este caso se trata de mi perro. Era un pastor alemán enorme, de hocico siempre húmedo y pelaje suave. Era un animal obediente. Me lo regaló mi hermano cuando no era más alto que tú. Justo al lado, a quince grados, está el sabor ácido de los campos de limones italianos que mi familia cultivaba.

Mientras Tadzio hablaba, la mente de su nieto reconstruyó para él cada escena y cada momento que su abuelo describía. El pequeño sintió que alargaba la mano, tomaba un limón y captaba entre sus dedos el olor del que le hablaba. Rápido, le llevó también a su siguiente relato, como si su cabeza tuviera la capacidad de saltar en el tiempo para complacerlo.

—Cuarenta grados sur... ¡Ay, el sur! Al sur se encuentran los veranos tostados que huelen a mar, a sal en la piel y a sol en la plaza del pueblo. En esos acantilados conocí a tu abuela.

—¿Y ella dónde está? —quiso saber de inmediato.

Arrebató por instinto la brújula a su abuelo de entre las manos para inspeccionarla por sí mismo.

—Ella es el norte, hijo. Lo será hasta el último de mis días a pesar de que ella prefiere disfrutar del tiempo que le queda junto a ese jovencito: Carlos —dijo con resignación.

—Se llama Charles —le corrigió el pequeño entre carcajadas.

—Eso he dicho. Sigamos, a ochenta grados oeste...

Tadzio perdió fuerza en la voz. De repente, sintió que la garganta se le estrechaba y le costaba hablar.

—¿Estás bien, abuelo?

El anciano suspiró y se obligó a continuar.

—El oeste es un lugar sombrío, lleno de dolor y pérdida. Aún me persigue el sonido del tren que me trajo hasta a España, y supongo que el humo de su chimenea emborrona los recuerdos del recién nacido que traíamos entre los brazos. También sus mejillas enrojecidas por la enfermedad. A pesar de los años, a veces aún noto el vacío que dejó el peso de su cuerpecito en mi pecho. Por él ponemos rosas blancas en el jardín, ¿recuerdas?

El niño asintió, pero en su interior estaba confundido al desconocer la razón por la que «el tito» nunca los visitaba. Puso los codos sobre la mesa y Tadzio aprovechó para recuperar su brújula.

—Yo también quiero una —se quejó automáticamente.

Tadzio sonrió.

—Pronto tendrás la tuya propia.

—¿Cuándo? —bramó con ímpetu.

—Cuando tengas realmente algo valioso que guardar, algo que recordar.

Algo que extrañar porque ya no volverá. Tú aún eres muy joven para eso.

—¡Qué rollo!

Tadzio carcajeó por las ansias de su nieto.

—Tranquilo, pequeño. Sé paciente. Cuando el momento llegue te aseguro que el mismo pasado te habrá parecido un instante.

Regaba las rosas blancas del jardín de la azotea de su abuelo cuando su madre se apartó para atender una llamada. El pequeño se quedó mirando su cara que de pronto se mostró triste. Su madre intentó que él no notara que empezó a llorar. Él siguió sosteniendo la manguera con las manos húmedas sin preocuparse. De seguro, su madre extrañaba al abuelo, quien estaba pasando unos días fuera de casa.

Se sentó a esperarla en la mesita que siempre había compartido con su abuelo. Sin previo aviso, notó abultado su bolsillo. Sintió la superficie metálica fría al meter la mano. Cuando la sacó, reconoció con sorpresa y alegría el valioso y mágico objeto.

—¡Mi brújula! ¡Por fin tengo una brújula de los recuerdos!

Se quedó observando con admiración el bruñido dorado de los puntos cardinales. Sin embargo, enseguida se decepcionó y un dolor agudo se instauró en su interior.

Se percató en ese mismo momento de que nadie le volvería a limpiar con la misma ternura que su abuelo los carrillos manchados, y que no disfrutaría más de su voz aguda y segura. Como bien él le advirtió, el pasado se había vuelto un instante.

Agarró con fuerza e infinita tristeza su brújula en la que atesoraría eternamente el recuerdo de su abuelo a diez grados norte.